

La respectiva situacion de las potencias se pintaba bien en un folleto que corria por París. Se intitulaba el Juego de la Europa, y contenia los retratos de los principales jugadores.

La Francia. — Con permiso, soy mano y me toca jugar.

La España. — Tengo dos caballos á parte, mis tres reyes son buenos.

La Saboya. — Tengo quina y catorce, pero me falta todavía el punto.

La Prusia. — Yo miro el juego.

La Lorena. — Yo he barajado bien las cartas, pero no me entra nada.

El Emperador. — ¡Mal juego! Temo no saber qué hacerme.

El Turco. — Si esto continúa, haré pedazos las cartas.

La Inglaterra. — A mí no me toca ahora jugar.

Portugal. — Yo no juego, pero presto dinero á mis amigos.

La Sajonia. — Juego con demasiadas cartas, con un solo rey me basta para ganar.

Los Trece Cantones. — Nosotros jugamos á todo con tal de que se paguen las barajas.

El Papa. — Yo que jamás juego, me compondré con un jubileo.

La Czarina. — Yo no tengo ni rey ni as, pero mi paga es buena.

Los holandeses. — No tenemos juego, estamos á cubierto del repique, pero tememos un capote.

Solamente la Inglaterra, á quien no le tocaba jugar, como decia la caricatura, veia nuestro juego con sus acostumbrados celos. El conde Walpole fué interpelado en el parlamento. La casa de España que poseia á Ná-

poles y Sicilia, y los ejércitos franceses en el Pó y en el Rhin, tenían inquietos á los whigs.

La Holanda, que tenia el capote, hacia por lo bajo sus observaciones al ministro inglés. Los franceses, dueños de Filisburgo, dominaban la Bélgica y no tenían mas que alargar la mano para tocar á la Holanda, pues los holandeses no habian olvidado las guerras de Luis XIV.

La Prusia, que miraba jugar, amenazaba tomar parte en el juego, como guardiana de las libertades germánicas, si la guerra tomaba un carácter demasiado alemán.

Atacado Walpole por tres partes, sacó de la faltriquera un convenio secreto con el cardenal Fleury, por el que se obligaba este á mantener su marina abatida, á dejar á los ingleses el imperio del mar y la universalidad del comercio, lo cual era un freno puesto en la boca de la Francia, el cual se le haria sentir cuando pensase en extenderse.

Las tres potencias interesadas en la paz, ofrecieron entonces su mediacion. Nada habia mas fácil que conseguir el resultado. El cardenal Fleury no era de carácter belicoso, y el emperador conocia que el príncipe Eugenio, haciendo la guerra á pesar de la opinion que habia manifestado en el gabinete de Viena, habia perdido la mitad de aquella fuerza que habia desplegado otras veces.

Se entablaron las negociaciones, y el 3 de octubre se concertaron las condiciones preliminares, y fueron las siguientes:

1º. El rey Estanislao abdicará la corona de Polonia, de que sin embargo será reconocido rey, y conservará todos los títulos y honores.

Al instante mismo se le pondrá en posesion del ducado de Bar, y tan pronto como el gran ducado de Tos-

cana haya recaído en la casa de Lorena, del de Lorena, que será abandonado por esta casa.

Por muerte del rey Estanislao se incorporarán á la corona de Francia los dos ducados de Bar y de Lorena.

Con estas condiciones será reconocido el rey Augusto como rey de Polonia y gran duque de Lituania.

2º. Pertencerá á la casa de Lorena el gran ducado de Toscana despues de la muerte del actual poseedor. Todas las potencias le garantizarán la sucesion eventual, y mientras esto se verifica, la Francia le dará cuentas de las rentas de Lorena.

3º. Los reinos de Nápoles y de Sicilia pertenecerán á don Carlos, á quien se reconocerá como rey.

4º. El rey de Cerdeña podrá elegir entre el Novarés y el Tortonés, ó entre el Tortonés y el Vigevanasco.

5º. Se restituirán al emperador todos los demás estados que poseía.

Se le cederán los ducados de Parma y Plasencia.

Se le devolverán las conquistas hechas en Alemania por las armas francesas.

6º. El rey garantizará al emperador la pragmática-sancion de 1713.

7º. Finalmente, se nombrarán comisionados por ambas partes para arreglar los límites de la Alsacia y de los Países Bajos.

El 5 de noviembre de 1735 se publicó la cesacion de las hostilidades en Alemania, y el 15 del mismo mes en Italia.

Dióse á este tratado el nombre de tratado de Viena.

Es digno de observarse por lo tocante á nosotros que el movimiento europeo que produjo está subsistente aun en el día, á pesar de los sacudimientos que de cien años á esta parte han conmovido á la Europa.

La Francia se halla hoy por tanto en posesion de la

Alsacia que Luis XIV conquistó, y de la Lorena que Luis XV agregó, la Francia de la casa de Borbon, y no la de la República y de Napoleon.

El reino piomontés que debia ensancharse mas adelante con Génova, se agrandó con dos provincias.

Por este medio el reino de Nápoles y de Sicilia, conquistado por la segunda rama de los Borbones de España, subsiste ahora en poder del rey Fernando, heredero de esta segunda rama.

Así, á pesar de la revolucion democrática de Florencia, el gran duque de Toscana representante de la casa de Lorena, acaba de recobrar sus estados.

Finalmente, los ducados de Parma y de Plasencia no han salido de la casa del emperador, sino por la muerte de la gran duquesa María Luisa.

Es verdad que nosotros veremos antes de diez años el fin de todas estas potencias peninsulares cuyo principio hemos visto.

Todo el honor de estas dos campañas fué para la Francia; así es que durante los años de 1734, 35 y 36 las miradas de todo el mundo se dirigian á nuestros ejércitos que desempeñaron todo cuanto se hizo de importancia.

En el interior, Mr. de Richelieu se casó con la princesa Isabel Sofía de Lorena, hija del príncipe de Guisa, la cual, nueve meses despues de su enlace, la dió un heredero á quien se dió el título de duque de Fron-sac.

El conde de Belle-Isle fué nombrado caballero de la orden de Sancti-Spiritus.

El rey nombró mariscales de Francia á los señores duque de Rivas, marqués de Puysegur y príncipe de Tingry.

Nuestra antigua conocida, la princesa Carlota Aglae

de Valois, princesa hereditaria de Módena, volvió á París.

El delfin pasó á cargo de los hombres á la edad de seis años y medio.

Muere el duque de Maine á los sesenta y seis años de su edad, en su casa de campo de Sceaux.

Finalmente, la reina dió á luz una nueva princesa.

Durante estos tres años Voltaire y Marivaux sostuvieron enteramente el teatro.

Voltaire hizo representar *Alcira* y *El Hijo pródigo*.

Y Marivaux, *Los legados* y *Las falsas confidencias*.

CAPITULO VII.

Toma posesion el emperador de los ducados de Parma y Plasencia.
 — Muerte del último de los Médicis. — Del duque de Berwick, del señor de Villars, del duque del Maine y del conde de Tolosa.
 — Sociedad íntima del rey. — Lemoine, Pigalle y Boucher herosean la casa de campo que el rey habia comprado en Choisy.
 — El señor Chauvelin pierde el favor. — El señor Maurepas. — Las hermanas de la señora de Mailly. — Las señoras de Vintimille y de Lauraguais. — Se da la plaza de gentil hombre que tenia el señor de la Tremouille. — Muerte de la señora de Vintimille.

Firmada la paz, las potencias interesadas en ella, emplearon en la ejecucion de sus artículos, los años subsiguientes.

El 16 de abril tomó posesion el conde Trawn en nombre del emperador, de los ducados de Parma y Plasencia.

El 18 de enero y el 31 de marzo, tomó posesion

Mr. de la Galaiziere del ducado de Bar y del ducado de Lorena.

El 9 de julio murió el gran duque de Toscana, Gaston, á la edad de sesenta y seis años, apresurándose á devolver su ducado al imperio. Gaston fué el último de los Médicis, cuya raza habia reinado por espacio de 257 años. Luego que se tuvo noticia de este fallecimiento hizo el príncipe de Craon que los senadores prestasen juramento al duque de Lorena.

El rey de Cerdeña el 3 de febrero de 1759, y los reyes de España y de las Dos Sicilias el 24 de abril del mismo año, accedieron á los tratados de Viena.

El 4º de junio, en fin, se proclamó la paz en París. En este tiempo el resto de la sociedad de Luis XIV desaparecia; y se constituia la de Luis XV.

Murió el duque de Berwick á la edad de 68 años; el mariscal de Villars á los 81, el duque del Maine á los 66, el cardenal de Biny á los 81, el conde de Tolosa á los 64, el mariscal de Estrées á los 76, el duque de Mazarino á los 79, el mariscal de Roquelaure á los 82, la princesa de Conti á los 72, y en fin, Samuel Bernard murió á la edad de 86 años.

No quedaba de aquel tiempo mas que el cardenal de Fleury, al que debia tardar poco en llegarle su vez.

La nueva generacion se agrupaba en torno del joven rey que solo contaba de 27 á 28 años de edad. El duque de Richelieu era el decano; pero el duque de Richelieu nunca habia tenido edad, nunca habia contado sus años. Richelieu era todo para el rey: su diplomático, su embajador, su comensal, su compañero en la caza, su maestro en amores, su maestro en la guerra, y el que daba el tono á toda aquella juventud bulliciosa, de la que era poeta Marivaux, Watteau pintor, y Crebillon romancero.

Al duque de Richelieu seguía el hermoso la Tremouille, cuya intimidad con el rey ha sido la mas tierna. La Tremouille, que en la campaña última habiendo sido derribado de su caballo á la cabeza de su escuadron, no pensó en mas que en resguardar su rostro entre las manos para no quedar desfigurado; el conde de Ayes, que pertenecía á la ambiciosa familia de los Noailles, que tuvo una media alianza con Luis XIV por Mad. de Maintenon, como la tuvieron los Mortemar por Mad. de Montespan; el marqués de Souvré, criado con el rey, en la intimidad del rey, al que cuidó en su enfermedad como amigo afectuoso. El marqués de Gesvres, el marqués de Coigny, el duque de Nivernoix y el marqués de Autin. Todos estos jóvenes caballeros habian acabado de llegar del sitio de Filisburgo, de ganar las batallas de Parma y Guastalla á los imperiales, y con su sombrero en la mano, su peinado y sus encajes, se preparaban sin riesgo de ajar nada, á ganar á los ingleses la batalla de Fontenoy.

Para toda esta gente de talento, burlones y desenvueltos, no era á propósito ya Versalles, con sus grandes salones, su larga galería, y su parque con calles de árboles alineados, no era esto propio para cenas privadas y de confianza; se necesitaban habitaciones pequeñas, salones sin etiqueta en que pudiese cada cual estar con confianza á su manera, mirarse en los espejos y entenderse sin necesidad en dar voces.

Luis XV compró á Choisy de Mr. de la Valiere; Choisy será el Marly de Luis XV.

Desde luego emprendieron su embellecimiento Le-moine, Croyseveaux, Pigalle y Boucher; se tallaron mármoles, se cubrieron techos. Un mundo entero de sátiras, de ninfas, de náyades, de pastores y pastoras bien adornados, nace, se anima, y se extiende por los

jardines, y se reúne en las habitaciones. Pero los criados incomodan; los criados, testigos enfadosos, censores indiscretos. Lorient los suprime; Lorient, el hábil mecánico, inventor de unas mesas, á las que dieron el nombre de criadas y oficiosas, que desaparecían á través del pavimento, llevando encima la lista de los vinos, manjares y frutos que los huéspedes deseaban, y que volvían á aparecer cargadas de cuanto se habia apetecido; y desaparecían y aparecían de nuevo siempre que se quería.

Toda aquella corte joven, ardiente en los placeres, amante de la guerra y mas ambiciosa de amores que de honores, era como debe comprenderse enemiga del viejo cardenal.

Quisieron renovar una tentativa por el estilo de la que se habia desgraciado en tiempo de Mad. de Prie, bajo el duque de Borbon. Los conspiradores fueron la señora de Mailly, sultana siempre reinante, la Tremouille y Gesvres. Se pretendía que Mr. de Chauvelin sustituyese al cardenal. Este tuvo noticias de todo lo que se tramaba por medio de la sociedad del conde de Tolosa que le era afecta.

Por desgracia de los conspiradores Mr. de Chauvelin no estaba en la mejor posición. Durante la última guerra habia sido ministro de Negocios extranjeros; y con razon ó sin ella, habia corrido la voz de que habia recibido de Viena sumas considerables para que la Saboya no fuese bien tratada; y con efecto se repetía que Carlos Manuel por precio de su alianza activa, no habia recibido otra remuneracion que dos pequeñas provincias.

Reunió el cardenal todas las voces vagas que sobre esto se habian esparcido, las coordinó para formar una acta de acusacion, presentó esta acta en el consejo del rey é hizo decretar la separacion de Mr. Chauvelin.

El 20 de febrero entró Mr. de Maurepas en la habitación de Mr. de Chauvelin y le entregó un pliego del cardenal de Fleury que contenía lo siguiente :

« La amistad que siempre os he profesado me ha contenido hasta ahora para no permitir se os diese el golpe que el honor, la conciencia y la probidad y el bien del Estado no me permiten dilatar ya.—Firmado: — El cardenal de Fleury. »

Al mismo tiempo Mr. de Jumilhac aguardaba á la puerta con la orden de conducir á Gros-Bois á Mr. de Chauvelin.

Derribado Chauvelin, procedió el cardenal contra la Tremouille y Gesvres. Quiso el rey sostener á sus dos amigos, pero tuvo que ceder; el cardenal exigió el destierro de ambos y así se decretó.

El antiguo canciller d'Aguesseau volvió á encargarse de los sellos; Mr. Amelot, intendente de Hacienda, fué nombrado secretario de estado de Negocios extranjeros y Mr. Maurepas ministro de Estado.

Este gran suceso dió ocasion á algunas canciones, porque en París se canta siempre que algo cae, ya sean hombres ó cosas.

La única persona de quien el cardenal no se había vengado era de Mad. de Mailly; pero era porque el cardenal que observaba y comprendía bien al rey, conocía que Luis XV tardaría poco en vengarlo del todo.

En efecto, Luis XV apenas de 30 años de edad, había gustado ya una porción demasiada de los placeres de la vida. Desazonado de la caza, y fastidiado de la mesa y del juego, Luis XV se consumía en medio de aquella corte espiritual, elegante, sensual y perfumada. Luis XV estaba triste, y se chanceaba acerca de la muerte, que temía. Solo una cosa puede reanimar á Luis XV, que en

todo ha sido mudable menos en una cosa: en amores.

Vamos á verlo consumirse en esto como en lo demás. Entre las cuatro hermanas de Mad. de Mailly, había una que soñaba con una singular manía. Se había propuesto hacerse partícipe con su hermana en los favores del rey; apoderarse del corazón de Luis XV, después de su alma toda, llegar á derribar al primer ministro y á gobernar la Francia.

Esta hermana, soltera aun, era la señorita de Nesle, acababa de cumplir 23 años, y habitaba en la abadía de Port-Royal.

No era hermosa, pero no estaba ella tampoco deslumbrada acerca de su fisonomía; sabía además que el rey no podía sufrir á las mujeres feas; pero tenía imaginación, un carácter aventuroso y atrevido, y á fuerza de desear su sueño había llegado á creerlo.

Escribía desde la abadía á Mad. Dray, una canonesa amiga suya: « Escribiré cartas continuamente á mi hermana de Mailly, para que me lleve consigo; ella es buena y lo hará. Yo haré que el rey me ame; desterraré á Fleury y gobernaré la Francia. »

Todas estas cosas llegaron á tener efecto conforme á los deseos de la señorita Nesle. Mad. de Mailly se dejó vencer por las cartas de la pobre reclusa, que le pintaban todo el fastidio del convento y la hizo venir á su lado; y una vez próxima al rey procuró establecer sus baterías con acierto.

Luis XV, que á los 30 años se fastidiaba, como Luis XIV se había fastidiado á los 70, halló una distracción agradable en el talento de la recién venida, y cuando Mad. de Mailly penetró los proyectos de su hermana, era ya demasiado tarde para que pudiera oponerse á ellos.

Entonces Mad. de Mailly tomó el partido de proteger los amores del rey en vez de combatirlos. Por otra

parte, ella amaba al rey, y preferia poseerlo á medias, mas bien que perderlo del todo. Esperaba además Mad. de Mailly que su complacencia no seria conocida con publicidad, pero como esto no entraba del mismo modo en el interés de la señorita de Nesle, tomó esta tan bien sus medidas, que confiando el rey su dicha á algunos de sus cortesanos, el secreto de Mad. de Mailly era al cabo de tres meses el secreto de toda la corte.

Conocida ya esta nueva intriga, se trataba de casar á la señorita de Nesle, porque teniendo el rey hijos, con facilidad podria acaecer un accidente, que pusiese á todos en nuevo embarazo.

Se pensó desde luego en Mr. Vintimille, sobrino nieto del arzobispo de París, el mismo que habia representado un papel importante en el asunto de los cementerios de San Medardo; el tio queria ser cardenal; Mr. Tencin acababa de ser nombrado, sin tener mas derechos al capelo que los que Mr. Vintimille estaba tratando para adquirir. Se prometieron doscientas mil libras de dote á la novia, y la plaza de dama de palacio; y al marido una pension de seis mil libras y habitacion en Versailles. En cuanto al cardenalato no se contestó ni sí ni no, pero el arzobispo, no solamente dejó marchar adelante el negocio, sin embargo, sino que además bendijo él mismo el matrimonio de su sobrino.

No era suficiente proporcionar un marido á medias á la señorita de Nesle; era además indispensable tener el gusto de reemplazarlo la noche misma de la boda. Hé aquí lo ocurrido. La hermana del rey, princesa de fácil acomodamiento, prestó á los recién casados su palacio, en la posesion llamada Madrid; el rey por su parte, se fué á comer á la Muette con la señorita de Clermont y las señoras de Chalais y de Talleyrand. Cuando presumieron que el banquete de la boda pudiera haberse ter-

minado, propuso el rey hacer una visita á los que se hallaban en Madrid. Subieron á los carruajes y partieron. A su llegada encontraron á todos muy satisfechos. Se sentó el rey á una mesa de juego y jugó á la cavagnola hasta media noche. A esta hora se trató de dejar en libertad á los novios para que pudiesen recogerse; pero el rey declaró que como buen príncipe queria completar el obsequio y acompañó á los esposos hasta la alcoba, donde entregó á Vintimille la camisa de dormir, que era una de las mayores distinciones que pudiese hacer el rey. Lo acaecido despues no está bastante-mente aclarado. Se sabe que salió de la alcoba un hombre, que subió á un carruaje y marchó á pasar el resto de la noche al castillo de la Muette; pero la mariscalca de Estrées, que salió aquella misma noche de Madrid para irse á dormir á Bagatelle, y la señora de Ruffé que tambien salió para París, dijeron que no habia sido el rey el que habia marchado á la Muette, quedándose en la alcoba Vintimille, sino al contrario, que Vintimille habia marchado y el rey se habia quedado.

Sea como quiera, al dia siguiente asistió el rey al tocador de la señora de Vintimille, y por la tarde la princesa presentó al rey toda la familia de los Vintimilles, que gozaron desde entonces del mayor favor en la corte.

Tambien fueron presentadas las otras tres hermanas de la señora de Mailly y de la señorita de Nesle, las señoras de Lauraguais, de Tournelle y de Flavacourt. El viejo marqués de Luc se aprovechó del favor de su nuera para subir á una de las carrozas del rey, honor á que por otra parte tenia derecho. En fin, Vintimille quedó formando parte de todas las reuniones, de todas las partidas y banquetes que se tenian en Choisy, como en tiempo de Luis XIV asistian sus favoritos á las reuniones en Marly.

Prosiguiendo la señorita de Vintimille en llevar á cabo su objeto, ayudada por su hermana, que la sirvió completamente, se apoderó del entendimiento y de los sentidos del rey, que se olvidó de su largo pescuezo, de su abultado talle y de su rudo y acaballado andar. El rey le perteneció del todo absolutamente, y conforme lo habia escrito á su amiga la canonesa la novicia de Port-Royal, se hallaba ya en estado de luchar contra el cardenal, y comenzaba á gobernar la Francia.

Por entonces ocurrió un suceso, que niveló en algun modo la posicion respectiva de cada uno.

Falleció de las viruelas el hermoso duque de Tremouille. El duque se habia corregido de los excesos y errores de su juventud, si acaso era cierto que la juventud del duque se hallase tan llena de excesos y errores como le acumulan. Se habia portado admirablemente en su desgracia y sacrificado por Luis XV al viejo cardenal, se habia despedido del rey diciéndole: « Señor, vos no sois digno de ser amigo mio. »

Nada habia conservado mas que su empleo de gentil hombre de la cámara.

Se habia casado y adoraba á su mujer; se habian hecho la oferta mutua de separarse momentáneamente si al uno ú al otro le daban viruelas, que ninguno de los dos habia tenido.

A la señora de Tremouille le atacaron primero, pero como hasta ella misma ignorase la enfermedad que padecia, nada dijo á su marido, que aunque advertido por el médico del peligro á que se exponia, quiso permanecer á su lado para cuidarla. La duquesa sanó, pero á poco cayó el duque atacado, y fué víctima del mal.

La muerte del duque fué un duelo general para todas las mujeres de París. Fué llorado como el modelo

de los maridos, y casi canonizado como un mártir de afecto conyugal. Se trató hasta de elevarle un monumento por suscripción.

Dejaba el duque un niño de cuatro años, y una niña.

Los duques de Aumont, de Gesvres y de Mortemar, de los que era la Tremouille compañero, como gentil hombre de cámara, pidieron para el niño la supervivencia en el cargo de su padre.

Las señoras de Mailly y de Vintimille solicitaban aquella plaza para el duque de Luxemburgo, y el cardenal de Fleury la deseaba para su sobrino.

El cardenal se presentó al rey, al que dijo:

— Señor, todos mis amigos se empeñan en que pida á V. M. el empleo vacante de gentil hombre para mi sobrino; pero está ya tan colmado de mercedes, que en vez de recomendar á V. M. á ningun individuo de mi familia, vengo á suplicaros la supervivencia del duque de la Tremouille para su hijo.

— Teneis razon, cardenal, le habia respondido el rey; tambien habia yo pensado en vuestro sobrino, pero he reflexionado que semejante favor, acarreándole muchos enemigos podría serle mas perjudicial que útil.

El cardenal se quedó estupefacto, porque no esperaba semejante respuesta.

Comprendió entonces la lucha en que iba á empeñarse; tenia en contra suya á las dos queridas del rey; no dos mujeres á las que pudiese enemistar por medio de los celos, sino al contrario, dos hermanas, que desde el momento en que ellas se habian conformado en no tener celos la una de la otra, no tenian ambas mas que un mismo interés comun; el de conservar al amante real, que despues de haberse unido la una á la otra, no podian esperar ni pretender que perteneciese solo á una.

No atreviéndose el cardenal á manifestarse pretendiente por su sobrino, tomó con empeño la supervivencia del hijo de la Tremouille, declarando al rey, que habia empeñado su palabra á la madre, y que si S. M. le obligaba á faltar á su palabra, no le quedaba mas recurso que pedirle al rey su permiso para retirarse de los negocios, toda vez que le eran inútiles sus servicios.

Añadia, además, que su avanzada edad exigia cuidados, y su quebrantada salud tranquilidad y reposo.

Y en seguida se marchó el cardenal á Issy, porque conocia que su fuerza principal consistia en su ausencia.

Los demás interesados continuaron trabajando en favor de sus pretensiones. Las señoras de Mailly y de Vintimille por el de Luxemburgo, y la señora de la Tremouille, auxiliada por tres gentiles hombres de cámara, en favor de su hijo.

Solo el sobrino del cardenal no tenia á nadie que pidiese por él, hallándose su tío ausente.

El primer movimiento de Luis XV, fué un movimiento de reaccion contra el cardenal. Tomó la pluma y le escribió, que no podia exigir de él un trabajo que pudiera ser perjudicial á su tranquilidad, añadiendo, que si su salud le exigia absolutamente que se retirase de los negocios, le daba desde luego su permiso para verificarlo.

Concluida esta carta, la guardó el rey en su bolsillo para remitirla en tiempo oportuno.

Entretanto habia pensado el cardenal entablar relaciones con la señora de Vintimille, y su enviado llevaba, como el embajador romano, ó la paz ó la guerra. Reflexionó un instante la señora de Vintimille, y calculando despues la debilidad del rey, y recordando

que ella tenia veinte y cuatro años y el cardenal noventa, se convenció de que era mejor contemporizar y aliarse con la muerte que tan próxima se hallaba de su aliado.

Como hacia algun tiempo que el rey hacia alternar á sus queridas y que aquella noche le tocaba á la señora de Mailly, fué á buscarla y le dijo:

— ¡Querida hermana! es preciso que no perdamos un momento en aliarnos al cardenal de Fleury. Tal vez en el asunto pendiente hoy, venceríamos al cardenal, pero este volverá al poder tarde ó temprano, y quedaríamos perdidas. Mediante á que te toca á tí pasar esta noche con el rey, arréglalo de suerte que mañana por la mañana esté nombrado gentil hombre el sobrino del cardenal.

Desgraciadamente, la señora de Mailly no era la mujer mas á propósito para esta especie de intrigas. Amaba al rey por sí mismo, como La Valliere habia amado á Luis XIV, y no deseaba mas que una cosa; que no mezclándose ella para nada en la política, no viniese la política por su parte á embarazarla en su marcha.

Así es, que en nada pensó de lo que habia ofrecido á su hermana.

Se habia adornado con mas esmero que otras veces; habia mezclado entre sus cabellos flores y diamantes; pero Luis XV no habia visto en estos adornos mas que una coquetería, que fuese beneficiosa al amor, sin pensar que pudiera ser en nada provechosa á la política.

La señora de Mailly se quedó dormida sin haber hablado una palabra al rey, ni en favor del jóven la Tremouille, ni de Luxemburgo, ni del sobrino del cardenal.

Pero el rey, á quien sus pensamientos atormentaban,

no podia dormir. Recordaba la incomodidad de su antiguo profesor; veia que iba á verse abrumado con el trabajo de toda la correspondencia europea, de la que nunca se habia ocupado, adivinaba las ambiciones de los príncipes, contra las que seria preciso luchar, cuando el viejo ministro no estaria allí para poder decir á la intriga lo que Dios dijo á la mar: « No pases mas allá. » Se hallaba solo apoyado y medio acostado en el lecho, mirando aquella cabeza en que las rosas se mezclaban con los polvos, brillando entre los polvos y las flores los diamantes como las gotas del rocío.

La bella durmiente respiraba con regularidad. El rey la despertó.

Al abrir los ojos la señora de Mailly, se asombró al ver el aspecto melancólico de Luis XV.

— ¡Dios mio! exclamó: ¿qué tiene V. M.?

El rey suspiró y le dijo:

— Querida mia, me hallo en extremo fatigado.

— ¿Pero porqué, señor?

— Por lo que está pasando.

Recordó entonces la señora de Mailly el encargo de su hermana aquella mañana: la ocasion que se la presentaba no podia ser mas favorable.

— Pero, ¿qué está pasando que pueda ser de tanta gravedad, señor? le preguntó con la mas agradable sonrisa.

— Bien debiais saberlo, le dijo el rey, puesto que sois una de las personas que me causan este tormento.

— ¡Yo! ¡señor! exclamó la señora de Mailly.

— Sí, vos, pero al fin ya nos hemos libertado de nuestro censor.

— ¿De qué censor?

— Del cardenal.

— ¡Dios mio! ¡qué decís, señor! ¿Que os habeis libertado del cardenal?

Y la señora de Mailly se arrojó del lecho como asombrada.

— Sí, sí, dijo el rey; la carta está escrita.

— ¿Qué carta? señor.

— La carta en que le doy permiso para retirarse de los negocios.

— Sí; pero no se la habeis enviado, ¿no es verdad, señor? preguntó la señora de Mailly.

— Sí... pero... es porque...

— ¿Porqué?

— Porque está ahí encima de la chimenea.

Y al decir estas palabras, miraba el rey á la señora de Mailly casi con humildad.

— Señor, le dijo esta, todo el mundo sabe que V. M. es el dueño, todo el mundo sabe que lo que V. M. quiere, tiene derecho para quererlo. De consiguiente, á nadie tiene V. M. que dar cuenta.

Y la señora de Mailly dió un paso adelante.

— ¿A dónde vais? preguntó el rey.

— El señor Fleury es un excelente y buen ministro, al que Dios concede larga vida, porque Dios cree que puede ser útil al rey y á la Francia.

— ¿Es esa vuestra opinion, querida mia? preguntó el rey.

— Soy tanto de esta opinion, dijo la señora de Mailly, que...

— ¡Dios mio! ¿Qué haceis? exclamó el rey; habeis quemado la carta mia para el cardenal.

— Sí, señor; pero aquí teneis pluma, papel y tinta, y vais á escribirle ahora mismo.

— Pero... ¿Qué quereis que le escriba?

— Que habeis nombrado á su sobrino para el empleo de primer gentil hombre.

El semblante del rey resplandeció de gozo.

— ¿Pero qué dirá la señora de Tremouille, y qué dirán los otros gentiles hombres?

— No sé lo que dirán, pero digan lo que quieran, vos podréis responderles, que mi hermana y yo estábamos por el señor de Luxemburgo, y que la prueba de que sois el amo, de que sois el rey, es que á mi hermana y á mí nos habeis tratado como á todos los demás; y nosotras, para dar mas peso á vuestras razones...

— ¿Qué haréis?

— Nos mostraremos resentidas.

— ¿Estaréis ceñudas conmigo?

— Sí, señor. Pero... ya es de día; aquí teneis papel y plumas; escribid, señor.

— ¡Oh! exclamó el rey arrojándose á los piés de la señora de Mailly, sois una mujer adorable.

Y escribió una carta, no al cardenal, sino á su sobrino, en la que le anunciaba haber sido nombrado gentil hombre de la cámara, con la renta correspondiente á un capital de cuatrocientas mil libras.

Luego que el señor de Fleury recibió esta carta, por la mañana, marchó inmediatamente á Issy para enseñársela á su tío, y suplicarle fuese á dar las gracias á S. M. Pero el cardenal, que cuando se concedía alguna gracia á los individuos de su familia, queria aparecer como forzado á admitirla, se contentó con responder á su sobrino: « Os prohibo hablar de esto hasta que yo vea á S. M. y consiga que se revoque esta orden. »

Pero el duque de Fleury, le contestó que ya habia respondido á S. M. para darle gracias.

— ¿Y para aceptar? exclamó el cardenal con tal acento de desesperacion que engañó á su mismo sobrino.

El cardenal se manifestó muy reconocido á las dos hermanas, pero en su interior no se hallaba satisfecho

con la idea de que su crédito personal hubiese bajado al extremo de necesitar el auxilio de las dos queridas del rey, para obtener un empleo para su sobrino.

Reframos ahora los hechos sin comentarios:

Este nombramiento se habia verificado en junio de 1741.

El 8 de agosto siguiente, la señora de Vintimille se sintió enferma con fiebre.

Estaba en cinta de ocho meses.

Teniendo el rey precision de volver á París, dejó en Choisy á la señora de Vintimille con su hermana la señora de Mailly y las damas que la acompañaban habitualmente.

Habia entonces una costumbre, ó por mejor decir una ley, por la que se prohibia á los maridos acompañar á sus mujeres cuando el rey las convidaba á Choisy. Esto era un poco raro, pero sin embargo era cierto.

Bien es verdad que á falta del señor de Vintimille, se encontraban allí para acompañar á las señoras los señores Gramont, Coigny, Agen y los dos hermanos Meuse, que eran de la mayor intimidad del rey.

Fué preciso sangrar á la señora de Vintimille. El rey parecia mas enamorado de ella que nunca; parecia que aquella enfermedad hubiese contribuido á aumentar su amor. La víspera del parto no se separó de ella, ni de su habitacion hasta las dos de la mañana.

A las nueve dió á luz la señora de Vintimille un hermoso y robusto niño, que el rey tomó en sus brazos, colocándolo despues sobre un cojin de terciopelo carmesí.

Despues de haberlo abrazado y admirado, le hizo echar el agua de socorro con el nombre de Luis; nombre que en lo sucesivo trocaron sus camaradas por el de medio Luis.